



LIBRO CUARTO

Vida apostólica de Juan Bautista Vianney.

DESDE EL ORIGEN DE LA PEREGRINACIÓN
HASTA SU APOGEO

(1826-1858)

CAPÍTULO PRIMERO

**Origen de la peregrinación.—Su forma y proporciones
en el espacio de veinticinco años.**

No es raro hallar alrededor de nosotros hombres que, conservando en el fondo de su corazón el respeto y amor á las verdades religiosas, se permiten pensar y decir que no tienen ya en nuestros días la influencia que Dios les ha dado en otro tiempo. Para responder á esos cristianos tímidos y cobardes bastará mostrarles los grandes acontecimientos que hacen de nuestro siglo uno de los en que Dios se ha dignado ostentar su poder, y creo que se puede contar entre éstos la peregrinación de Ars.

No era, en verdad, la primera vez que se había

manifestado en el mundo el fenómeno de una grande atracción que conmueve las masas, las saca de su indiferencia y las precipita, llenas de férvido entusiasmo, tras los pasos de un santo. La Edad Media está llena de esos grandes movimientos populares. Desde el momento en que aparece un hombre con la aureola de la santidad, con general reputación de ciencia y con una poderosa palabra, su nombre se hace célebre; y el atractivo que lleva las masas hacia su persona, continúa obrando desde su mismo sepulcro. Tales fueron Pedro el Ermitaño, San Bernardo, Santo Domingo, San Francisco de Asís; y en una época más próxima á nosotros, San Francisco de Paula, San Felipe Neri, San Vicente Ferrer y San Juan Francisco de Regis. Tal vez pudiera creerse que habían pasado aquellos tiempos para no volver; que el desaliento en que habían caído los ánimos, impedía toda manifestación de entusiasmo y de fe; que, en presencia de una generación despreocupada, amiga del libre examen y enemiga de la piedad, los pueblos no eran ya susceptibles de ese fervor religioso que permite dominarlos y dirigirlos.

La peregrinación de Ars ha venido á dar un solemne mentís á esa opinión, tan triste como falsa. En una época en que la independencia del pensamiento ha sido tan grande, ¿no es un verdadero prodigio ver, en medio del pueblo más pensador é ilustrado de Europa, postrarse ante un pobre Párroco de aldea, como pudieran hacerlo ante un Padre de la Iglesia, personajes célebres por su posición social y elevada inteligencia? No sé que la historia ofrezca un ejemplo de tan maravilloso poder desde San Bernardo.

Los primeros peregrinos que llegaron á Ars fueron

almas escogidas, ávidas de una dirección más alta y más sólida; almas inquietas y turbadas que buscaban el reposo de la conciencia; pero, sobre todo, pobres que esperaban tener parte en las limosnas del santo Párroco, y enfermos que suplicaban se acordase de ellos en sus oraciones. Comenzóse á decir en los pueblos vecinos que el Párroco de Ars era dulce y cariñoso para con los pecadores, paciente para con los escrupulosos, indulgente con los débiles, compasivo con los desgraciados y caritativo para todos. Los pecadores corrían á echarse en los brazos de ese buen sacerdote, que les recibía con lágrimas en los ojos; los pobres salían á su encuentro, porque sus manos benéficas daban siempre, aunque nada tenían propio; los afligidos sabían que sus labios eran fuente abundante de luz y de consuelo, y los que estaban atormentados por la duda sabían que su palabra daba una fuerza victoriosa á la verdad. También los justos venían á su encuentro, porque su corazón era un foco de amor, á cuyo calor se inflamaban todos los corazones.

La virtud del siervo de Dios, conocida primero de un pequeño número, fué publicándose poco á poco, y de este modo acrecentóse su fama de día en día con nuevos admiradores. Los ejemplos de austeridad que hemos referido en el libro precedente; los hechos maravillosos que tienen relación con la fundación de la *Providencia*, y otros muchos que nos son aún desconocidos, se hicieron bien pronto públicos en Bresse, en el Beaujolais, Lyonnés, Forez, Delfinado y Borgoña. Luego se comenzó á publicar una crónica de Ars, que se extendió de ciudad en ciudad, de aldea en aldea, poniendo en la memoria del pueblo un sólido ci-

miento para la celebridad del santo Párroco. Así es como se desarrolló la peregrinación desde los años de 1825 á 1830.

Una curación célebre, que fué desde luego acogida con entusiasmo y saludada con el nombre de *milagro*, vino más tarde á dar nuevo impulso á la peregrinación. Ante ese hecho maravilloso, bien pronto se verificó una reacción de incredulidad, de debilidad y de miedo; y eso era de esperar, porque tal es el proceder del espíritu humano cuando se halla de frente con las bondades de Dios. Muchos de los primeros en aclamar el milagro, le negaron después con todo empeño, para que se les perdonase la falta de haber creído en él. Mas el efecto subsistió en las masas, y el buen sentido popular continuó viendo en el Párroco un poder superior, que no puede desconocerse totalmente, y que se venga de nuestras ingratitudes con nuevos beneficios.

Las numerosas curaciones obradas continuamente ante las reliquias de Santa Filomena, aumentaron mucho la peregrinación en los años siguientes. Mas quien, sobre todo, aumentó la afluencia, fué el señor Párroco, con los resultados prácticos que sus oraciones alcanzaban en la conversión de los pecadores. La gracia que obtenía era tan poderosa, que los peregrinos iban á pedirselas, sin tomar un momento de reposo. He ahí, en dos palabras, el origen de la peregrinación de Ars: la Providencia ha dispuesto que por espacio de treinta años las poblaciones del siglo XIX, tan apasionadas de todas las vanidades, viniesen en tropel á tributar homenaje de respeto y veneración á la humildad y á la sencillez.

Mientras que los espíritus fuertes de la época

declamaban contra la confesión y sus influencias, el pueblo les respondía caminando en peregrinación á Ars para *confesarse*: de modo que el gran movimiento popular que se obró al principio, fué alrededor del *Confesor*.

Los peregrinos que comenzaron á cercar al venerable Párroco en su puesto de honor y de sufrimiento, se creían suficientemente recompensados de las privaciones y excesivas fatigas del viaje, con la dicha de haberle visto y conseguido depositar en su pecho los secretos del propio corazón, y con la grandísima paz de que gozaban, después de haberse reconciliado con Dios. Tampoco olvidaban la gran bondad con que les había recibido, la paciencia con que les había oído, y la dulzura con que les había consolado.

La escasez y poca comodidad de los alojamientos hubieran sido suficientes para detener los progresos de la peregrinación, si hubiera sido cosa de pura curiosidad ó de imaginación; mas como era obra de Dios, no solamente se sostuvo, sino que se aumentó maravillosamente. Allí afluían personas del más alto rango social que, á pesar de estar habituadas á los refinamientos del lujo en sus espléndidos palacios, se acomodaban con gusto á la pobre hospitalidad de una aldea, durante muchas semanas. Veíanse precisados los peregrinos á estar poco menos que aglomerados con insoportable estrechez, porque las pequeñas y reducidas casas de Ars no servían para alojar á tantos forasteros. En una habitación de pocos metros cuadrados se colocaban hasta diez ó doce personas juntas, y el alimento estaba en la misma proporción.

Cierto día del verano de 1832 llegaron á Ars en

un coche de Lyon algunas religiosas hospitalarias. Aquellas pobres Hermanas no hallaban dónde recogerse, porque todas las casas estaban llenas de peregrinos. A las diez de la noche, por fin, fueron compasivamente recogidas en casa de un buen hombre, que las cedió su única habitación, en la cual improvisaron como pudieron un dormitorio con sillas y colchones.

Mas como la peregrinación iba siempre en aumento, se hacía preciso proveer á las necesidades materiales que urgían; así lo comprendieron los habitantes de Ars, y poco á poco consiguieron construir casas más cómodas y espaciosas. La mayor parte de los edificios levantados alrededor de la torre, datan de aquel tiempo. En 1835 se estableció un servicio regular de coches públicos, cuyas Administraciones estaban en Lyon y en Ars. Se construyeron nuevos caminos, y todas esas mejoras, coincidiendo con el establecimiento de la navegación por el Saona, proveían á los piadosos peregrinos de medios de transporte, cuya circunstancia acrecentó rápidamente el desarrollo de la peregrinación. Desde entonces se hizo general el movimiento, y la peregrinación á Ars casi europea.

Se ha calculado que sólo por los ómnibus que tienen á Ars en comunicación con el Saona y la estación de Villafranca, habían llegado en el transcurso de un año más de 80.000... peregrinos. ¿De dónde venían esas olas de forasteros? De todas partes: de todas las provincias de Francia, de todos los puntos de Saboya, de Bélgica, de Inglaterra y de Alemania. ¿Quién les había convidado? Nadie más que los mismos peregrinos que decían lo que habían visto, por-

que los periódicos no se habían ocupado aún del Párroco de Ars. Y es digno de notarse que ese gentío inmenso se componía, como el mundo, de todas las clases y condiciones; todos los rangos sociales estaban allí representados, y se daban la mano como amigos. Los pobres, acostumbrados á vivir entre el dolor, alternaban con los ricos que han agotado todos los medios para librarse de él. Los unos llevan ofrendas, los otros piden limosna, y todos imploran la curación de los dolores del cuerpo y del alma. Allí se ven cojos y ciegos, sordos y epilépticos, maniáticos y paralíticos; y llegan enfermos de todas las clases, recorriendo á pie una distancia de ciento ó doscientas leguas, sostenidos por una confianza invencible.

Los límites que nos hemos impuesto no permiten presentar á la vista de nuestros lectores ese largo cortejo de desgraciados; pues pudiera creerse, al contemplar un número tan prodigioso de curaciones, que el fin de la peregrinación había sido, en los designios de Dios, la salud del cuerpo, cuando es evidente que la obra por excelencia del venerable Párroco ha sido la conversión de los pecadores: todo lo demás es accesorio, y tiende á ese único y grande fin.

Por poco que la mano de Dios ó la de los hombres pesase sobre los grandes del mundo también recurrían á Ars como los pequeños. Las viudas y los huérfanos, los afortunados y los desgraciados, los jóvenes llenos de ilusiones y los ancianos gastados, los hombres disgustados del mundo y las mujeres cansadas de frivolidades, y sobre todo los pecadores, corrían en tropel á Ars, atraídos todos por una virtud y una ciencia sobrenaturales.

Tampoco faltaban allí multitud de curiosos y al-

gunos contradictores: se hallaban las complicaciones más caprichosas y los contrastes más chocantes; virtudes en medio de vicios, exteriores brillantes que parecían insultar la pobreza, y miserias que inspiraban compasión; situaciones sin más salida que el camino del Calvario, y desgracias sin más esperanza que la del Cielo.

Todos los días, desde la mañana hasta la noche, veía el Párroco de Ars desfilan á su vista interminable serie de desventuras é infortunios, y variedad inmensa de gentes del mundo, que llevan siempre la tristeza en el fondo de su corazón. Semejante cuadro, lastimoso en verdad, de tantas miserias humanas, afectaba dolorosamente su alma; y cuando, llegada la noche, volvía á su casa y se hallaba en compañía de los misioneros, les abría su corazón herido de compasión, y derramando lágrimas les decía: «Es necesario venir á Ars para saber lo que es el pecado, para juzgar del mal que Adán ha causado á su pobre familia. No se sabe qué hacer cuando se ve tanta miseria. No se puede más que llorar y orar.»

La multitud de peregrinos comprendía bien la importancia de los beneficios que el venerable Párroco les dispensaba, y nada puede dar una idea exacta de su afanosa solicitud para recibirlos. Por mucho que madrugase el señor Párroco, los peregrinos madrugaban más que él, y le esperaban á la puerta de su iglesia. Muchos pasaban la noche bajo el pórtico, transformado en dormitorio, para asegurar de este modo la entrevista con el santo Párroco. Se había establecido cierta regla, que daba la vez á cada uno por el orden que iba llegando. Esto no obstante, había algunos privilegiados; sucedía á veces que el

venerable Párroco les distinguía en medio de la multitud, y les llamaba él mismo. Creía el pueblo que el discernimiento de su buen Párroco le hacía reconocer, entre los peregrinos, á aquellos que no podían esperar, ó que llegaban á Ars estrechados por graves y urgentes necesidades. También los peregrinos recurrían muchas veces por sí mismos á diversas industrias para acercarse más pronto al santo Párroco. Tampoco dejaban de emplearse los medios humanos, que consistían en tener inteligencia con los misioneros, los Hermanos de la Santa Familia, y con los hospederos y guardianes.

Además, se hacía uso de los medios sobrenaturales, que muchas personas aseguran haber empleado con feliz éxito. Dirigíanse al ángel custodio del venerable Párroco, y le interesaban en su favor. En estas ocasiones salía el santo Párroco del confesonario, y se dirigía á dichas personas; ó bien una circunstancia imprevista les colocaba por donde él pasaba, y les proporcionaba la entrevista deseada. Fuera de esos medios regulares, los privilegios eran raros, porque el señor Párroco no admitía preferencias: cuando creía deber admitirlas, eran para los pobres y para los desgraciados.

En el número de los peregrinos de Ars debían encontrarse algunos cuyo objeto era sólo la satisfacción de una curiosidad puramente humana. La multitud sigue á la multitud, y se dirige allí donde hay reputación ó fama. El señor Párroco de Ars tuvo que sufrir inevitablemente muchas molestias egoístas, muchas obstinaciones ridículas, vanidosos caprichos y excentricidades impertinentes, que jamás dejan de atormentar á toda clase de celebridades. Pero esos

peregrinos impertinentes eran despedidos al instante, y despachados políticamente con la eficacia de una humildad cortés, que no les dejaba ni esperanza de éxito, ni tentación de volver. «No valía la pena, les »decía, de incomodaros por tan poco...;» ó bien: «No »estaréis tan contento como la Reina de Sabá, ni di- »réis, como ella, al salir de aquí: Lo que hemos visto »excede á todo lo que habíamos oído decir... Haréis »todo lo contrario.»

Los viajes á Ars tenían por objeto un fin más rec- to ordinariamente: los peregrinos venían á buscar consejos y oraciones, la paz del corazón y la gracia de Dios. Cuando traían dudas sinceras que aclarar, dificultades serias que resolver, complicaciones que desenredar, tristezas que compartir, llagas que curar, y sobre todo pecados que perdonar, podían estar se- guros de ser bien recibidos por el señor Párroco. En- tonces era cuando se mostraba la delicadeza de sus sentimientos, lo afectuoso y tierno de su corazón; en el momento hacía suyos los intereses de sus clientes, y con ellos derramaba lágrimas de dolor, de amor y de reconocimiento. El olvido de sí mismo parecía ser su instinto natural para no pensar más que en el bien de los demás, y excitaba tanto más la gratitud de todos, cuanto menos se ocupaba de él. De modo que, no estando su atención distraída por ninguna mira de interés personal, se consagraba con celo apostólico á curar las dolencias ajenas, que hacía suyas la ardien- te caridad. Y á tal extremo llegaba su abnegación, que se inquietaba, y su corazón, tan tranquilo de or- dinario, se turbaba á veces. En cambio, cuando se acercaban algunas almas santas, elevadas por sus deseos sobre el nivel de la vida ordinaria, dominadas

por el sentimiento de lo infinito, heridas de amor di- vino, deseosas del cielo, y en su concepto mucho me- jores que él, su alma gozaba de una manera inefable. Tenía el dón de discernir esas almas, y cuando se aproximaban, se detenía, se inclinaba hacia ellas, y las trataba como discípulo que va á una escuela de virtud para ilustrarse, convertirse y confundirse. En- tonces se hallaba en su terreno y en su verdadero ele- mento, más lejos de los hombres y más cerca de Dios.

¿Quién es capaz de describir los encontrados senti- mientos que debían mover á tanta multitud de gen- te, compuesta, en su mayor parte, de enfermos y pe- cadores curados y convertidos sobrenaturalmente, y restituidos á la salud y á la gracia? Allí se veían con- vertidos que por primera vez en su larga vida se ha- bían arrodillado á los pies del confesor; allí se halla- ban todos los acentos sublimes del alma para llorar y cantar alternativamente, para llorar de alegría y de dolor. Muchas personas que jamás se habían visto ni cónocido, se agrupaban indistintamente al abrigo de aquella benevolencia inagotable, donde cada uno á su vez hallaba amistad, auxilio, luz y fuerza. Nada abre tanto el corazón á la confianza como la confian- za misma, y en Ars nacía naturalmente de la que el buen Pastor inspiraba á cuantos á él venían. Así como en aquellos lugares privilegiados, á cuyas aguas ha- dado la Providencia una virtud curativa, las conversa- ciones versan sobre las enfermedades corporales, en Ars giraban sobre las dolencias del alma, sobre los infortunios y los accidentes de la vida que habían motivado su peregrinación. Con tal motivo se con- traían nuevas amistades, se establecían nuevas rela-

ciones y correspondencias mutuas, fundadas en la sinceridad que las hace más gratas y duraderas. Los cristianos se conocían al momento: una mirada, el primer saludo, ó una sola palabra, bastaba para descubrir y sentir el lazo fraterno de una misma fe y de un mismo amor. No se necesitaba más que buen genio, y ser atento, para entablar relaciones íntimas y sinceras.

Los pecadores que habían ido á Ars por la fama de los prodigios que allí se obraban, se sentían detenidos por un encanto indefinible, que no podía negar el incrédulo; y el forastero, llevado allí por la casualidad ó el capricho, le sentía igualmente que el peregrino devoto, atraído por la esperanza y el amor. Este encanto iba derecho al corazón para regocijarle, si era puro, ó para renovarle, si era culpable.

Había en la atmósfera de ese pequeño pueblo algo inexplicable y divino, que penetraba el cuerpo y el alma á la vez, reflejándose en la calma y el bienestar del uno, en la paz y serenidad de la otra. Y aun en medio del continuo movimiento, sostenido por la llegada diaria de doce carruajes públicos, era un cuadro tranquilo y silencioso que predisponía á pensamientos graves. Lo que allí se notaba, en nada se parecía á lo que se ve en otras partes. La tranquilidad de los rostros, lo serio de las conversaciones, y hasta la animación que allí reinaba, convidaban al recogimiento. Parecía hallarse uno, no en Francia ni en el siglo XIX, sino en plena Edad Media, y en uno de aquellos grandes monasterios á cuyas puertas cesaban todos los ruidos de la tierra.

El país mismo, por su tranquilidad y dulzura, contribuía á producir esas religiosas impresiones, que se

hacían más vivas en proporción que uno se aproximaba á la iglesia ó á la casa del santo Párroco, fuentes de donde fluían. Tan perfectamente bien se hallaba uno en Ars, que no se hubiera deseado salir de él, sino para ir al cielo derechamente. Se deseaba, en verdad, terminar allí la vida y tener allí su sepulcro; y esto no era un mero deseo, pues muchas personas de diferentes condiciones dejaron realmente su residencia y sus relaciones del mundo, para sepultarse en aquella soledad, á la sombra de la santidad, y preparar su alma para la segunda vida. Con gran emoción hemos leído sobre una cruz de madera, colocada sobre la sepultura de un extranjero, esta bella inscripción: *Ubi Crux, ibi Patria.*

